

nos, y todo ese aparato de absorbentes me parece mera charla. Temperamentos hay á que no conviene la leche, y en tal caso ningun absorbente se la puede hacer digerir; otros la digieren sin absorbentes. Temen algunos la leche cuajada ó los requesones, y es un desatino, porque sabemos que siempre la leche se cuaja en el estómago, y así se convierte en alimento de suficiente solidez para sustentar las criaturas, y á los hijuelos de los animales; si no se cuajara, no haria mas que pasar, y no los alimentaria (1). Vano es cortar la leche de mil modos, usar de mil absorbentes; todo aquel que come leche, digiere queso, y esto no tiene excepcion. Tan apto es el estómago para cuajar la leche, que la cuajada se hace con estómago de recental.

Por tanto, creo que en vez de mudar el alimento comun de las nodrizas, basta con que se les dé mas abundante y mas escogido en su género. La comida de vigilia no es cálida por la naturaleza de los alimentos; el modo de sazonalos es el que los hace perniciosos. Reformad las reglas de vuestra cocina; no tengais fritos, ni manjares compuestos con manteca enrojecida al fuego; no arrimeis á la lumbre la sal, los lacticinios ni la manteca; no sazoneis vuestras legumbres cocidas en agua, hasta que se pongan hirviendo encima de la mesa, y la comida de vigilia, lejos de encender la sangre de la nodriza, la dará leche abundante y de excelente calidad (2). ¿Seria posible que estando reconocido el régimen vegetal como mejor para la criatura, fuese para la nodriza mejor el animal? Esto es una contradiccion.

En los primeros años de la vida es cuando ejerce el aire una accion particular en la constitucion de los niños; penetrando por todos los poros de su blando y

(1) Aunque los jugos que nos nutren sean líquidos, se deben exprimir de manjares sólidos. Un trabajador que se alimentase solo con caldo, muy en breve falleceria; mejor se sustentaria con leche, porque esta se cuaja.

(2) Los que quieran informarse mas por menor de las ventajas y los inconvenientes del régimen pitagórico, podrán consultar los tratados que acerca de tan importante materia han escrito los doctores Cocchi y su antagonista Bianchi.

delicado cutis, influye poderosamente en sus nacientes cuerpos, y les deja impresiones que nunca se borran. Por eso no es mi dictámen que se saque á una nodriza de su lugar para encerrarla en un aposento de la ciudad, y hacerla criar al niño en casa de sus padres; mejor quiero que vaya á respirar el aire sano del campo que el corrompido de la ciudad, que tome el estado de su nueva madre, que viva en su pobre casa, y que le acompañe su ayo. Acuérdesse el lector de que no es este un hombre pagado, sino el amigo de su padre. Mas ¿si no se halla, me dirán, ese amigo, si no es fácil llevarse al niño, si ninguno de estos consejos es practicable, qué se ha de hacer? Ya he dicho lo que se hace; para eso no se necesitan consejos.

No es la vocacion de los hombres el vivir hacinados en hormigueros, sino desparramados sobre las tierras que han de cultivar. Quanto mas se reunen, mas se extragan. Efecto infalible de la demasiada concurrencia, son tanto las dolencias del cuerpo como los vicios del alma. Entre todos los animales, el hombre es el que menos puede vivir en manada, y hombres hacinados como carneros se moririan todos en poquisimo tiempo. El aliento del hombre es mortal para su semejante, expresion no menos exacta en sentido propio que en metafórico.

La sima del género humano son las ciudades. Al cabo de algunas generaciones perecen ó degeneran las castas; es preciso renovarlas, y el campo es el que sufraga á esta renovacion. Enviad, pues, á vuestros hijos á que se renueven, por decirlo así, y á que recuperen en medio de los campos el vigor que se pierde en el aire contagioso de los pueblos grandes. Se dan prisa las mujeres embarazadas que están en el campo á volver á la ciudad cuando se les acerca el parto, y deberian hacer todo lo contrario, particularmente las que quieren criar ellas mismas á sus hijos; menos les costaria de lo que se piensan; en una mansion mas natural para nuestra especie, los deleites imprescindibles de las obligaciones naturales, les quitarian pronto la aficcion á los que se apartan de ellos.

Así que se ha acabado el parto, lavan al niño en

agua tibia, por lo comun mezclada con vino. La adición del vino no me parece necesaria: no produciendo la naturaleza cosa ninguna fermentada, no es creible que para la vida de sus criaturas importe el uso de un líquido artificial. Por la misma causa tampoco me parece indispensable la precaucion de calentar el agua; y efectivamente, muchos pueblos hay que sin mas preparativos lavan en los rios ó en el mar á los niños recién nacidos; pero afeminados los nuestros antes de nacer, por la molicie de los padres, sacan ya al mundo un temperamento extragado, que al principio no conviene exponer á todas las pruebas que deben restablecerle. Solo gradualmente pueden ser restituidos á su primitivo vigor. Empecemos conformándonos al uso, y apartémonos de él poco á poco. Lávense con frecuencia los niños; su suciedad demuestra esta precision. Cuando no hacen mas que enjugarlos, les rompen el cutis, pero al paso que tomen fuerza, disminúyase por grados el calor del agua, hasta que al fin los laven en todo tiempo con agua fria, aunque sea helada. Como para que no corran riesgo conviene que sea lenta, insensible y sucesiva esta disminucion, podremos servirnos del termómetro para medirla con exactitud.

Una vez establecido este uso del baño, no debe interrumpirse, é importa conservarle toda la vida. No solo le considero como necesario para la limpieza y salud actual, sino tambien como precaucion saludable para hacer mas flexible el tejido de las fibras y que cedan sin riesgo ni esfuerzo á los diversos grados de calor y frio. Para esto quisiera yo que en siendo mayor el niño, se acostumbrara poco á poco á bañarse en aguas calientes ó frias á todos los grados tolerables. Habituándose así á aguantar los varios temples del agua, que como fluido mas denso nos toca por mas puntos y nos impresiona mas, se haria el hombre casi insensible á las variaciones del aire.

No se consienta, luego que respira el niño fuera de sus envoltorios, que le pongan otros donde se halle mas comprimido. Fuera capillos, fuera fajas, fuera pañales; mantillas fluctuantes y anchas, que dejen todos sus miembros libres, y que ni sean tan pesadas que le

impidan sus movimientos, ni tan calientes que no le dejen sentir las impresiones del aire (1). Póngasele en una cuna espaciosa (2), bien rellena de lana, donde se pueda menear sin peligro y á su gusto. Cuando ya empiece á tomar fuerza, déjesele que se arrastre por el aposento; desarrollando y extendiendo así sus miembros, veremos cómo se fortifican de dia en dia, y al compararle con un niño del mismo tiempo bien fajado, asombrará la diferencia que media entre los adelantos de ambos (3).

Debemos esperar una fuerte oposicion de parte de las nodrizas á quienes da menos que hacer el niño bien atado, que cuando es menester cuidar de él sin cesar. Como por otra parte la suciedad es mas visible en un traje abierto, es necesario limpiarle con mas frecuencia. Finalmente, la costumbre es el argumento que en muchos paises nunca se refuta á satisfaccion de la plebe.

(1) En los pueblos grandes ahogan á los niños á puro tenerlos encerrados y abrigados. Aun no saben los que les cuidan, que lejos de hacerles mal los fortifica el aire frio, y que el calor le debilita, les da calentura y los mata.

(2) Digo una cuna, valiéndome de una voz usada, á falta de otra, porque estoy convencido de que nunca es necesario mecer á los niños, y de que esta costumbre les es perjudicial muchas veces.

(3) «Por esta razon los antiguos habitantes del Perú dejaban libres los brazos á sus hijos en una envoltura muy ancha, y cuando se la quitaban, los dejaban libres en un hoyo hecho en tierra, y guarnecido ó entapizado de lienzo, en el cual los entraban hasta medio cuerpo: de este modo tenian libertad de mover los brazos y la cabeza, y de doblar el cuerpo á su antojo sin caer ni lastimarse; y cuando podian dar algun paso, les presentaban los pechos á cierta distancia, como estímulo para obligarlos á caminar. Los negritos suelen mamar en una situacion mucho más incómoda, pues aprietan con sus pies y rodillas una de las caderas de la madre; se asen con sus manos al pecho, y maman constantemente sin descomponerse ni caer, no obstante los diferentes movimientos de la madre, que entre tanto no deja su trabajo ordinario. Estas criaturas, al segundo mes empiezan á caminar, ó por mejor decir, á andar á gatas, y este ejercicio les facilita despues el correr en la misma postura, casi con la misma velocidad que si corriesen en dos pies.» — *Historia natural del hombre*; Buffon.

A estos ejemplos hubiera podido añadir el señor conde de Buffon el de Inglaterra, donde van suprimiendo de dia en dia la extravagante y bárbara costumbre de los pañales y la faja. — Véase tambien á La Loubère, *Viaje de Siam*; al señor Le Beau, *Viaje del Canadá*, etc. — Veinte páginas pudiera llenar de citas, si fuera necesario confirmar con hechos lo que dejo dicho.

No debe disputarse con las nodrizas, que es trabajo perdido; mándeseles, véase que lo hacen, y no se omita nada para facilitar en la práctica las operaciones que se les hayan prescrito. ¿Y por qué no tomar parte en ellas? Comunmente cuando se cria un niño, solo á lo físico se atiende; con tal que viva y no enferme, poco importa todo lo demás; pero aquí que empieza con la vida la educacion, desde que nace ya es discípula la criatura, no del ayo, si de la naturaleza. El ayo no hace mas que estudiar con este primer maestro, y estorbar que sean perdidos sus afanes. Vigila sobre la criatura, la observa, la sigue, acecha con diligencia el primer albor de su débil entendimiento, como al acercarse el primer cuarto de luna acechan los musulmanes el momento en que nace.

Nacemos aptos para aprender, pero sin saber nada ni conocer nada. Ni siquiera la conciencia de su existencia propia tiene el alma encadenada en imperfectos y no bien formados órganos. Son los gritos del niño recién nacido, efectos puramente mecánicos, privados de inteligencia y voluntad.

Supongámos que tuviera ya el niño, cuando nace, la fuerza y la estatura de un adulto, que saliera por decirlo así, armado de punta en blanco del seno de su madre, como salió Palas del cerebro de Júpiter; sería este hombre-niño un imbécil completo, una máquina, una estatua inmóvil y casi insensible; nada vería, nada oiría, á nadie conocería, no sabría volver los ojos á lo que necesitase ver; no solo no distinguiría objeto ninguno fuera de él, sino que tampoco referiría ninguno al órgano del sentido que se le hiciera distinguir; ni estarían los colores en sus ojos, ni estarían los sonidos en sus oídos; no estarían sobre su cuerpo los cuerpos que tocase, ni sabría siquiera que tenia uno; estaria en su cerebro el contacto de sus manos; se reunirían en un solo punto todas sus sensaciones; solo en el sensorio comun existirían; no tendria mas que una idea, la del yo; á esta referiría todas sus sensaciones; y esta idea, ó mejor dicho, este modo de sentir, sería lo único en que se diferenciase de cualquier otro niño. Este hombre armado á deshora no sabría tenerse en pie; necesitaria

de mucho tiempo para aprender á guardar el equilibrio, acaso no probaria á ello, y veríamos este cuerpo grande, fuerte y robusto, fijo en un lugar como una peña, ó arrastrarse por el suelo como los perrillos cachorros. Sentiria la desazon de las necesidades sin conocerlas ni imaginar medio ninguno de satisfacerlas. Aunque estuviese rodeado de alimentos, no hay comunicacion ninguna inmediata entre los músculos del estómago y los de los brazos y piernas, que le hiciera dar un paso para arrimarse á ellos, ó alargar la mano para cogerlos; y como habria su cuerpo tomado ya todo su incremento, como estarían enteramente desarrollados sus miembros, no tendria por consiguiente la inquietud ni los continuos movimientos de los niños, y pudiera muy bien morir de hambre, antes de menearse para buscar que comer. Por poco que uno haya reflexionado acerca del orden y progresos de nuestros conocimientos, no podrá negar que, con corta diferencia, sea este el primitivo estado de ignorancia y estupidez natural al hombre, antes de tomar instruccion ninguna de la experiencia ó de sus semejantes.

Conocemos, por tanto, ó podemos conocer, el punto primero de donde sale cada uno de nosotros para llegar al comun grado de inteligencia humana: ¿pero quién es el que conoce el otro extremo? Segun su ingenio, su gusto, sus necesidades, su talento, su celo, y las ocasiones que de abandonarse á él se presentan, se adelanta mas ó menos cada uno; pero no sé que haya habido hasta ahora tan osado filósofo que dijese: «Este es el término á donde puede llegar el hombre, y del que no puede pasar.» Ignoramos lo que nos permite la naturaleza que seamos; ninguno de nosotros ha medido la distancia que entre un hombre y otro puede mediar. ¿Dónde está el ánimo villano que nunca inflamó esta idea, y que no ha tenido la altivez de decir alguna vez dentro de sí propio: ¡Cuántos he dejado ya atrás! ¡á cuántos puedo pasar aun! ¿Por qué ha de adelantarse á mí un igual mio?

Repito que empieza la educacion del hombre desde que nace; antes de hablar y antes de oír, ya se instruye. Precede la experiencia á las lecciones; y cuando

conoce á su nodriza, ya tiene mucho adquirido. Los conocimientos del hombre mas rústico nos admirarian, si siguiéramos sus progresos desde el punto que nació hasta aquel en que se halla. Si partiéramos el saber humano en dos partes, una comun de todos los hombres, y otra peculiar de los sabios, seria la última muy pequeña, comparada con la primera. Empero no atendemos á las adquisiciones generales, porque se hacen sin pensarlo, antes de la edad de razon; y porque por otra parte solo por las diferencias se nota el saber, y como en las ecuaciones algebraicas no se cuentan las cantidades comunes.

Los mismos animales adquieren mucho. Tienen sentidos y es necesario que aprendan á hacer uso de ellos; tienen necesidades y es necesario que aprendan á satisfacerlas; es necesario que aprendan á comer, á andar, á volar. No por eso saben andar los cuadrúpedos que desde que nacen se tienen en pié; en sus primeros pasos se echa de ver que hacen pruebas mal seguras. Los jilgueros que se escapan de las jaulas no saben volar, porque nunca han volado. Con todo se instruyen los seres animados y sensibles; y si tuvieran las plantas movimiento progresivo, seria necesario que tuviesen sentidos y adquiriesen conocimientos, sin lo cual en breve perecerian las especies.

Las primeras sensaciones de los niños son meramente pasivas, y solo distinguen en ellas placer ó dolor. No pudiendo andar ni agarrar, necesitan de mucho tiempo para formarse poco á poco las sensaciones representativas que le muestran los objetos fuera de ellos propios; pero antes que se extiendan estos objetos, que se desvienen, por decirlo así, de sus ojos, y adquieran para ellos figuras y dimensiones, empieza el regreso de sensaciones pasivas á sujetarlos al imperio de la costumbre; se les vé volver sin cesar los ojos hácia la luz, y si les viene de lado, tomar insensiblemente esta direccion; por manera que es menester tener cuidado de ponerles la cara en frente de la luz, para que no se tornen bizcos, ni se acostumbren á mirar de reojo. Tambien es preciso habituarlos cuanto antes á la oscuridad; si no, lloran y gritan así que no ven luz. El alimento y el sueño me-

didados con sobrada exactitud les vienen á ser necesarios al cabo de los mismos intervalos, y en breve no proviene el deseo de la necesidad sino del hábito, ó mas bien este añade otra necesidad á la natural; cosa que es preciso evitar.

El único hábito que se debe dejar que tome el niño, es el de no contraer ninguno; no llevarle mas en un brazo que en otro; no acostumbrarle á presentar una mano mas que otra, á servirse mas de ella, á comer, dormir y hacer tal ó tal cosa á la misma hora, á no poder estar solo de dia ni de noche. Preparad de antemano el reinado de su libertad y el uso de sus fuerzas, dejando el hábito natural á su cuerpo, y poniéndole en el estado de ser siempre dueño de sí propio, y hacer en todo su voluntad así que la tenga.

En cuanto empieza á distinguir el niño los objetos, es importante escoger bien los que se le enseñen. Todo lo nuevo interesa naturalmente al hombre. Tan débil se siente que tiene miedo de todo cuanto no conoce; este miedo le disipa el hábito de ver objetos nuevos sin recibir daño. Los niños criados en casas limpias donde no se consienten telarañas tienen miedo de las arañas, y muchas veces le conservan cuando mayores. Nunca he visto aldeano, sea hombre, mujer ó niño, que tenga miedo de las arañas.

¿Y por qué no ha de empezar la educacion antes que hable y oiga, puesto que la eleccion sola de los objetos que se le presentan es capaz de hacerle medroso ó valiente? Quiero que se habitue á mirar nuevos seres, animales feos, repugnantes, estraños, pero poco á poco y á alguna distancia, hasta que se acostumbre á ellos, y á fuerza de ver que otros los manejan, los maneje al fin él tambien. Si ha visto sin susto en su infancia sapos, culebras y cangrejos, verá sin horror, cuando sea mayor, cualquier otro animal, porque no hay objetos horrosos para el que los vé todos los dias.

La mayoría de los niños se asustan de las máscaras. Empiezo enseñando á Emilio una careta de forma bonita; despues uno se la pone delante de la cara; me echo á reir, todo el mundo se rie, y el niño se rie como los demás. Poco á poco le acostumbro con caretas mas

feas, y al fin con figuras espantosas. Si he seguido bien la graduacion, lejos de que le asuste la última, se reirá como de la primera; luego no temo que le metan miedo con máscaras.

En el baile de Andrómaca y Hector, cuando, asustado el niño Astianacte con el penacho que tremola en el yelmo de su padre, no le conoce y se arroja dando gritos al cuello de su nodriza, causando á su madre una sonrisa mezclada en llanto, ¿qué se debe hacer para quitarle el miedo? Justamente lo que Hector hace; poner el yelmo en el suelo y acariciar luego al niño. En un momento de mas sosiego no se hubiera contentado con esto; le habria acercado al yelmo, jugado con las plumas y hécholas tocar al niño; hubiera tomado, en fin, la nodriza el yelmo, y colocádosele riendo en la cabeza, si una mujer se hubiese atrevido á tocar las armas de Hector.

¿Se trata de acostumbrar á Emilio al ruido de un arma de fuego? Enciendo primero pólvora en la cazoleta de una pistola, y le divierte está llamarada instantánea y brillante, esta especie de relámpago; la reitero con mas pólvora; poco á poco cargo la pistola con poca pólvora y sin taco, luego con otra mayor carga; al fin le acostumbro á oír los escopetazos, los cohetes, los cañonazos y las mas terribles detonaciones.

He notado que los niños rara vez tienen miedo de las tronadas, á menos que sean tremendos los truenos y realmente incomoden el órgano del oído; de otra manera no temen hasta que saben que el rayo algunas veces hiere ó mata. Cuando empieza á asustarlos la razon, haced que les dé ánimo el hábito. Con una lenta y bien dirigida gradacion, el hombre y el niño se hacen intrépidos en todo.

Al principio de la vida, que son inactivas la imaginacion y la memoria, solo está atento el niño á lo que hace impresion en sus sentidos; y como estas sensaciones son los primeros materiales de sus conocimientos, presentárselas en orden conveniente, es disponer su memoria á que un día se las exhiba en el mismo orden á su entendimiento; pero como solo atiende á sus sensaciones, basta primero mostrarle con distincion la co-

nexion de estas mismas sensaciones con los objetos que las causan. Quiere el niño tocarlo todo, manejarlo todo; no nos opongamos á esta inquietud, que á ella ha de deber el mas indispensable aprendizaje; por ella aprende á sentir el calor, el frio, la dureza, la blandura, el peso, la ligereza de los cuerpos; á juzgar de su tamaño, su figura, y todas sus cualidades sensibles, mirando, palpando (1), escuchando, especialmente comparando la vista con el tacto, y valuando con los ojos la sensacion que en sus dedos se excita.

Solo por el movimiento sabemos que hay cosas que no son nosotros, y solo por nuestro propio movimiento adquirimos la idea de la extension. Porque no tiene el niño esta idea, tiende indistintamente la mano para coger el objeto pegado á él, ó el que tiene á cien pasos. El esfuerzo que hace nos parece señal de imperio, orden que da al objeto de que se acerque á él, ó á nosotros de que se le traigamos; y nada de esto es, sino que los mismos objetos que al principio veía en su cerebro, y luego pegados á sus ojos, los vé ahora al cabo de su brazo, y no se figura otra extension que hasta donde puede alcanzar. Téngase cuidado de pasearle con frecuencia, de llevarle de un sitio á otro, de hacerle conocer la mudanza de lugar, á fin de enseñarle á juzgar de las distancias. Cuando empiece á conocerlas, entonces es necesario mudar de método, y llevarle como se quiera y no como quiera él, porque así que no le engaña el sentido, procede de otra causa su esfuerzo; esta mudanza es notable y requiere explicacion.

Con signos se expresa la desazon de las necesidades, cuando es necesario socorro ajeno para satisfacerlas. De aquí los gritos de los niños: lloran mucho, y debe ser así. Puesto que son pasivas todas sus sensaciones, cuando son agradables las disfrutan callados; cuando son penosas, lo dicen en su lengua, y piden alivio. Mientras que están despiertos, no pueden permanecer

(1) El olfato es el sentido que mas tarde se desenvuelve en los niños; hasta que tienen dos ó tres años, parece que no les mueven los olores buenos ni malos; y en esta parte tienen la diferencia ó mas bien la insensibilidad que se nota en muchos animales.

en un estado de indiferencia; duermen ó sienten dolor ó gusto.

Todas nuestras lenguas son obra del arte. Por espacio de mucho tiempo se ha indagado si habia algun idioma natural y comun de todos los hombres; sin duda que le hay, y es el que hablan los niños antes que sepan hablar. No es una lengua articulada, pero sí acentuada, sonora, inteligible; la práctica de las nuestras nos la ha hecho abandonar de modo que enteramente nos hemos olvidado de ella. Estudiemos á los niños y con ellos presto la volveremos á aprender. En esta lengua las nodrizas son maestras; todo cuanto dicen sus hijos de leche lo entienden, les responden, tienen con ellos conversaciones muy seguidas; y aunque pronuncian palabras, son voces absolutamente inútiles, porque no es la significacion de la palabra la que ellos entienden, sino el acento que la acompaña.

Con el lenguaje de la voz se junta el de los ademanes, que no es menos enérgico: estos no están en las débiles manos de los niños, sino en sus semblantes. Asombra la expresion que ya tienen estas mal formadas fisonomías; de un instante á otro varian sus semblantes con increíble rapidez; vemos en ellos la sonrisa, el deseo, el susto, que nacen y desaparecen como relámpagos; cada vez parece distinta cara. Tienen los músculos del rostro mas movibles que los nuestros; en cambio sus ojos opacos casi nada expresan. Este debe ser el género de los signos en una edad en que solo se sienten las necesidades corporales: en muecas consiste la expresion de las sensaciones; la de los afectos reside en las miradas.

Como la miseria y la flaqueza son el primer estado del hombre, sus primeras voces son quejidos y llantos. El niño siente sus necesidades y no las puede satisfacer; implora con gritos el socorro ajeno; si tiene mucho frio ó mucho calor, llora; si tiene hambre ó sed, llora; si necesita moverse y le dejan quieto, llora; si quiere dormir y le quitan el sueño, llora. Quanto menos está á disposicion suya su modo de ser, con mas frecuencia pide que le muden. No tiene mas que un idioma, porque, digámoslo así, una sola especie de

incomodidad conoce; la imperfeccion de sus órganos no le permite distinguir la diversidad de impresiones; y todos sus males forman con respecto á él una sola impresion dolorosa.

De estos llantos que pudieran creerse tan poco dignos de nuestra atencion, nace la relacion primera del hombre con todo cuanto le rodea; y aquí se construye el primer eslabon de la dilatada cadena que forma el órden social.

Cuando llora el niño padece alguna incomodidad, experimenta alguna necesidad que no puede satisfacer; examinamos, averiguamos qué necesidad es esta, damos con ella y la remediamos. Cuando no atinamos á descubrirla, ó no podemos satisfacerla, sigue el llanto, nos importuna; halagamos al niño para que calle, le mecemos, le arrullamos para que se duerma; si no calla, nos enojamos, le amenazamos, y algunas nodrizas de mal génio suelen á veces pegarle. ¡Extrañas lecciones para los umbrales de la vida!

Nunca olvidaré haber visto á uno de estos incómodos llorones á quien pegó su nodriza; callóse al punto, y yo creí que se habia intimidado. Será acaso un alma servil, decia yo entre mí, que nada sin el rigor se alcanza de ella. Me equivocaba; al desventurado le ahogaba la rabia, habia perdido la respiracion; le ví ponerse amarotado. De allí á un instante empezaron los gritos agudos; todas las señales del resentimiento, la desesperacion y el furor de esta edad, las daban sus acentos; temí que espirara en esta agitacion. Aunque hubiera dudado si la conciencia de la justicia y la injusticia era innata en el pecho humano, solo este ejemplo me lo hubiera demostrado. Ciertó estoy de que un ascua que por acaso hubiera caido sobre una mano del niño, la hubiera sentido menos que este golpe muy ligero, pero dado con ánimo manifesto de hacerle daño.

Esta disposicion de los niños á enfadarse, despecharse y encolerizarse, pide excesiva atencion. Piensa Boerhaave que la mayor parte de sus enfermedades son de la clase de las convulsivas, porque siendo su cabeza en proporcion mas abultada, y mas extenso que en los adultos el sistema nervioso, este es mas propenso

á irritacion. Desvíense de ellos con la mayor atencion los criados que los provocan, los enfadan, los impacientan, y que son cien veces mas peligrosos y mas funestos para ellos que la inclemencia del aire y de las estaciones. Mientras que solo en las cosas, y nunca en las voluntades, hallen resistencia los niños, no serán iracundos ni coléricos, y se conservarán mas sanos. Esta es una de las causas porque los niños de la gente pobre, mas libres, mas independientes, son en general menos achacosos, menos delicados, mas robustos que los que se pretende educar mejor sujetándoles sin cesar; pero siempre hemos de tener presente que hay mucha diferencia de obedecerlos á quitarles sus gustos.

Los primeros llantos de los niños son ruegos; pero si nos descuidamos, luego se convierten en órdenes; empiezan haciéndose asistir, y acaban haciendo que los sirvan. De esta suerte, de su flaqueza propia, de donde nace primero la conciencia de su dependencia, se origina luego la idea de imperio y dominacion; pero como esta idea menos la excitan sus necesidades que nuestros servicios, ya empiezan aquí á hacerse distinguir los efectos morales, cuya inmediata causa no se halla en la naturaleza; y por tanto se ve que desde esta edad primera importa reconocer la secreta intencion que ha dictado el ademan ó el grito.

Cuando sin decir nada alarga con esfuerzo la mano el niño, creyendo alcanzar al objeto porque no valúa la distancia á que está, es un error suyo: pero cuando se lamenta y grita al alargar la mano, ya no se engaña acerca de la distancia, pues manda al objeto que se acerque á él, ó á nosotros que se le llevemos. En el primer caso, llévasele despacio y á pasos lentos al objeto; en el segundo, no se le den siquiera muestras de haberle entendido: cuanto mas grite, menos debe escuchársele. Conviene acostumbrarle desde muy temprano á no mandar ni á los hombres, porque no es su amo, ni á las cosas, porque no le oyen. Por eso, cuando desea algo que vé y quieren dárselo, es mejor llevar el niño al objeto que traer el objeto al niño; de esta práctica saca una consecuencia propia de su edad, y no hay otro modo de sugerírsela.

El abate de San Pedro llamaba á los hombres, niños grandes, y reciprocamente pudiéramos llamar á los niños hombres chicos. Como sentencias, tienen parte de verdad estas proposiciones; como principios, necesitan ilustrarse. Pero cuando Hobbes, calificaba al perverso de niño robusto, decia una cosa totalmente contradictoria. Toda perversidad procede de debilidad; el niño si es malo, es porque es débil; dñle fuerza, y será bueno; el que lo pudiese todo nunca haria mal. Entre todos los atributos de la divinidad omnipotente, el de la bondad es sin el que mas imposible es concebirla. Todos cuantos pueblos han admitido dos principios, siempre han tenido al malo por inferior al bueno; de otro modo habrian hecho una suposicion absurda. Véase mas adelante la profesion de fé del presbítero saboyano.

La razon nos enseña por sí sola á conocer lo bueno y lo malo: la conciencia, que hace que amemos lo uno y aborrezcamos lo otro, aunque independiente de la razon, no se puede desenvolver sin ella. Antes de la edad de razon, hacemos bien y mal sin saber si lo que hacemos es bueno ó malo; y no hay moralidad en nuestras acciones, aunque algunas veces la haya en la impresion que en nosotros hacen las acciones de otro relativas á nosotros. Un niño quiere descomponer todo cuanto vé; quebra, hace pedazos lo que puede coger; agarra un pájaro como agarraria una piedra, y le ahoga sin saber lo que hace. ¿Por qué así? Al instante viene la filosofia á señalar como causa nuestros vicios naturales, la soberbia, el espíritu de dominacion, el amor propio, la perversidad humana. La conciencia de su flaqueza, añadirá acaso, incita al niño á que haga actos de fuerza, y á que se dé á sí propio pruebas de su potencia. Pero contemplemos á aquel viejo quebrantado y achacososo, tornado por el circulo de la vida humana á la flaqueza de la infancia; no solo permanece inmóvil y tranquilo, sino que tambien quiere que nada se mueva en torno suyo; le turba y desasosiega la menor mudanza, y desearia que reinara una calma universal. ¿Cómo ha de producir tan distintos efectos en las dos edades una impotencia misma unida con las mismas pasiones, si no hubiera variado la causa primitiva? ¿Y dónde hallare-

mos esta diversidad de causas, sino en el estado físico de ambos individuos? El principio activo comun de los dos se desenvuelve en el uno, y se estingue en el otro; uno se forma, otro se destruye; uno camina á la vida, otro á la muerte. La actividad falleciente se reconcentra en el corazon del anciano; en el del niño es superabundante y rebosa fuera, sintiéndose, por decirlo así, con bastante vida para animar todo cuanto le rodea. No importa que haga ó deshaga; bástale con mudar el estado de las cosas, que toda mudanza es accion. Y si parece que tiene mas inclinacion á destruir, no es por malicia, es porque la accion que forma siempre es lenta, y como la que destruye es más rápida, se aviene mejor con su viveza.

Al mismo tiempo que el autor de la naturaleza da este principio activo á los niños, cuida de que sea poco perjudicial, dejándoles poca fuerza, para que se abandonen á él. Empero, así que miran á las personas que tienen cerca como instrumentos que puede poner en accion, se sirven de ellos para seguir su inclinacion y suplir su propia flaqueza. De este modo se tornan incómodos, tiranos, imperiosos, malos, indómitos; progresos que no proceden de un natural espíritu de dominacion sino que se les infunden; pues poca experiencia hace falta para conocer cuán agradable es obrar por manos de otro. Con la edad se cobran fuerzas, y se hace uno menos inquieto, mas parado, se contiene mas dentro de sí propio; se ponen, por decirlo así, en equilibrio el cuerpo y el alma, y ya la naturaleza nos pide solo el movimiento necesario para nuestra conservacion. Empero no se extingue el deseo de mandar con la necesidad que le dió origen; el amor propio le excita, y le halaga el imperio que el hábito fortifica; así el antojo sucede á la necesidad, y empiezan á echar raices las preocupaciones y la opinion.

Conocido una vez el principio, vemos con claridad el punto en que se abandona la senda de la naturaleza: sepamos lo que se ha de hacer para no salir de ella.

Lejos de tener los niños fuerzas sobrantes, ni aun tienen las suficientes para todo lo que pide la naturaleza; por tanto hay que dejarles el uso de todas cuantas

les da, y de que no pueden abusar. Primera máxima. Es preciso ayudarlos, y suplir lo que les falta, ya sea inteligencia, ya fuerza, en todo cuanto fuere de necesidad física. Segunda máxima.

En la ayuda que se les diere, es necesario ceñirse meramente á la utilidad real, sin ceder nada al antojo ó deseo infundado, porque los antojos no los atormentarán cuando no se les hayan dejado adquirir, atendido que no son naturales. Tercera máxima.

Hay que estudiar con atencion su lengua y signos pues como en esta edad no saben disimular, distinguiremos en sus deseos lo que se debe inmediatamente á la naturaleza, y lo que procede de la opinion. Cuarta máxima.

El espíritu de estas reglas es dejar á los niños mas verdadera libertad y menos imperio, permitirles que hagan más por sí propios, y exijan menos de los demás. Acostumbrándose así desde muy niños á regular sus deseos con sus fuerzas, poco sentirán la privacion de lo que no esté en su mano conseguir.

Otra nueva é importantísima razon es dejar los cuerpos y los miembros de los niños enteramente libres, con sola la precaucion de preservarlos del riesgo de que se caigan, y apartar de sus manos todo cuanto puede herirlos.

Indudablemente una criatura que tiene los brazos y el cuerpo sueltos, llorará menos que otra fajada y refajada en sus pañales. Como no conoce otras necesidades que las físicas, solo llora cuando padece; esto es muy útil, porque se sabe de fijo cuándo necesita socorro, y no debe dilatarse un instante el dársele, si es posible. Pero si no le podeis aliviar, estaos quietos, sin halagarle para que calle. que vuestros cariños no le han de sanar de su dolor; no obstante, se acordará muy bien de lo que ha de hacer para que le acaricien y si sabe ocuparos una vez á su capricho, ya es vuestro amo, y todo se ha perdido.

Mas libres en sus movimientos llorarán menos los niños; menos importunados con sus llantos nos afanaremos menos en hacer que callen; con menos frecuencia amenazados ó mimados serán menos medrosos, menos